



La proclamación de Dario por los persas ¹

[Sobre la tiranía y democracia]

Sosegado ya el tumulto, y pasados cinco días, los que se habían levantado contra los magos deliberaron sobre toda la situación, y dijeron discursos increíbles para algunos griegos, aunque los dijeron, no obstante. Aconsejaba Otanes que los asuntos se dejaran en manos del pueblo, y les decía así: “Es mi parecer que ya no sea más soberano de nosotros un solo hombre, pues ni es agradable ni provechoso. Vosotros sabéis a qué extremo llegó la insolencia de Cambises, y también os ha cabido la insolencia del mago. ¿Cómo podría ser cosa bien concertada la monarquía, a la que le está permitido hacer lo que quiere sin rendir cuentas? En verdad, el mejor hombre, investido de este poder, saldría de sus ideas acostumbradas. Nace en él insolencia, a causa de los bienes de que goza, y la envidia es innata desde un principio en el hombre. Teniendo estos dos vicios tiene toda maldad. Saciado de todo, comete muchos crímenes, ya por insolencia, ya por envidia. Y aunque un tirano no debía ser envidioso, ya que posee todos los bienes, con todo, suele observar un proceder contrario para con sus súbditos: envidia a los hombres de mérito mientras duran y viven, se complace con los ciudadanos más ruines y es el más dispuesto para acoger calumnias. Y lo más absurdo de todo: si eres parco en admirarle se ofende de que no se le celebre mucho; pero si se le celebra mucho, se ofende de que se le adule. Voy ahora a decir lo más grave: trastorna las leyes de nuestros padres, fuerza a las mujeres y mata sin formar juicio; en cambio, el gobierno del pueblo ante todo tiene el nombre más hermoso de todos, *isonomía* [‘igualdad de la ley’]; en segundo lugar, no hace

¹ Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, Talía, 80-88



nada de lo que hace el monarca: desempeña las magistraturas por sorteo, rinde cuentas de su autoridad, somete al público todas las deliberaciones. Es, pues, mi opinión que abandonemos la monarquía y elevemos al pueblo al poder porque en el número está todo.”

Tal fue la opinión que dio Otanes.

[Sobre la oligarquía]

Pero Megabizo les exhortó a confiar los asuntos a la oligarquía y dijo así: “Lo que ha dicho Otanes para abolir la tiranía quede como dicho también por mí; mas, en cuanto mandaba entregar el poder al pueblo, no ha acertado con la opinión más sabia. Nada hay más necio ni más insolente que el vulgo inútil. De ningún modo puede tolerarse que, huyendo de la insolencia de un tirano, caigamos en la insolencia del pueblo desenfrenado, pues si aquél hace algo, a sabiendas lo hace, pero el vulgo ni siquiera es capaz de saber nada. ¿Y cómo podría saber nada, cuando ni ha aprendido nada bueno, ni de suyo lo ha visto y arremete precipitándose sin juicio contra las cosas, semejante a un río torrentoso? Entreguen el gobierno al pueblo los que quieran mal a los persas. Nosotros escojamos un grupo de los más excelentes varones, y confiémosles el poder; por cierto, nosotros mismos estaremos entre ellos; y es de esperar que de los mejores hombres partan las mejores resoluciones.”

Tal fue la opinión que dio Megabizo.

[Sobre la monarquía]

Darío, el tercero, expresó su parecer con estas palabras: “Lo que tocante al vulgo ha dicho Megabizo, me parece atinado pero no lo que mira a la oligarquía, porque de los tres gobiernos que se nos presentan, y suponiendo a cada



cual el mejor en su género –la mejor democracia, la mejor oligarquía y la mejor monarquía–, sostengo que esta última les aventaja en mucho. Porque no podría haber nada mejor que un solo hombre excelente; con tales pensamientos velaría irreprochablemente sobre el pueblo y guardaría con el máximo secreto las decisiones contra los enemigos. En la oligarquía, como muchos ponen su mérito al servicio de la comunidad, suelen engendrarse fuertes odios particulares, pues queriendo cada cual ser cabeza e imponer su opinión, dan en grandes odios mutuos, de los cuales nacen los bandos, de los bandos el asesinato, y del asesinato se va a parar a la monarquía, y con ello se prueba hasta qué punto es éste el mejor gobierno. Cuando; a su vez, manda el pueblo, es imposible que no surja maldad, y cuando la maldad surge en la comunidad, no nacen entre los malvados odios, sino fuertes amistades, pues los que hacen daño a la comunidad son cómplices entre sí. Así sucede hasta que un hombre se pone al frente del pueblo y pone fin a sus manejos; por ello es admirado por el pueblo y, admirado, le alzan por rey; con lo cual también éste enseña que la monarquía es lo mejor. Y, para resumirlo todo en una palabra, ¿de dónde nos vino la libertad y quién nos la dio? ¿Fue acaso el pueblo, la oligarquía o un monarca? En suma, mi parecer es que libertados por un solo hombre mantengamos el mismo sistema y, fuera de esto, no alteremos las leyes de nuestros padres que sean juiciosas; no redundaría en nuestro provecho.”

[Sobre los privilegios]

Tales fueron las tres opiniones propuestas; los cuatro que restaban de los siete se adhirieron a la última. Otanes, que ansiaba establecer la igualdad de derechos para los persas, al ver desechada su opinión, dijo en medio de ellos: “Conjurados, está visto que uno de nosotros ha de



ser rey, ya lo obtenga por suerte, ya lo elija la multitud de los persas a cuyo arbitrio lo dejemos, ya por cualquier otro medio. Yo no competiré con vosotros porque ni quiero mandar ni ser mandado. Cedo mi derecho al reino a condición de no estar yo ni mis descendientes a perpetuidad a las órdenes de ninguno de vosotros”. Así habló, y como convinieron los seis en la condición, no entró en competencia con ellos Otanes sino que se quitó de en medio; y, ahora esa casa continúa siendo la única libre entre los persas, y se le manda sólo lo que ella quiere, sin transgredir las leyes de los persas.

[Sobre el método]

Los restantes de los siete deliberaban sobre el más justo modo para alzar rey y decidieron conceder como privilegio a Otanes y a sus descendientes a perpetuidad, si el reino recaía en algún otro de los siete, cada año, una vestidura meda, y todos los regalos que se miran entre los persas como los más honoríficos. Resolvieron concederle tales dones por esta causa: por haber sido el primero en planear el golpe y porque los había reunido. Tales, pues, fueron los privilegios de Otanes, y éstos, los que otorgaron para todos ellos en común: cualquiera de los siete podría entrar en palacio cuando quisiese sin introductor, a menos que el rey estuviese durmiendo con una mujer, y el rey no podría tomar esposa sino de la familia de los conjurados. Tocante al reino, resolvieron lo que sigue: montar los seis a caballo en el arrabal y que fuese rey aquel cuyo caballo relinchase primero al salir el sol.

[Sobre la trampa]

Tenía Darío como caballerizo un hombre discreto por nombre Ebares. Cuando se separaron, Darío dijo así a este hombre: “Ebares, en cuanto al reino hemos decidido esto:



montaremos a caballo, y será rey aquel cuyo caballo relinche primero al nacer el sol. Ahora, pues, si alguna habilidad tienes, ingéniate para que yo, y no otro alguno posea este honor.” Responde Ebares en estos términos: “Si en verdad, señor, de eso depende que seas rey o no, sosiégate y ten buen ánimo, que nadie será rey sino tú: tales drogas poseo”. Replícale Darío “Si algún ardid posees, tiempo es de usarlo sin demora, pues mañana mismo será nuestro certamen”. Oído lo cual, Ebares hizo lo siguiente: cuando llegó la noche, tomó una de las yeguas, la que más amaba el caballo de Darío; la llevó al arrabal, la ató, y condujo allí el caballo de Darío, le hizo dar mil vueltas cerca de la yegua, permitiéndole rozarla, hasta que al cabo le dejó cubrirla.

Cuando rayó el día, los seis, conforme a lo convenido, comparecieron a caballo y atravesaban el arrabal, cuando al llegar al paraje donde la yegua había estado atada la noche pasada, dio una corrida el caballo de Darío y relincho. Al mismo tiempo que hacía esto el caballo, corrió un rayo por el cielo sereno y retumbó un trueno. Añadidos estos prodigios como un acuerdo en favor de Darío, le consagraron: los otros echaron pie a tierra y se prosternaron ante él.

De ese modo cuentan algunos el artificio de Ebares; otros de este otro (pues de ambos modos lo cuentan los persas): dicen que Ebares aplicó antes su mano al vientre de la yegua y la tuvo escondida en sus bragas, pero al momento de salir el sol, cuando debían partir los caballos, Ebares sacó esa mano y la llevó a las narices del caballo, el cual, percibiendo el olor, resopló y relincho.

Darío, hijo de Histaspes, fue entonces proclamado rey.